

Ciclos de luchas sociales, transformaciones sociopolíticas y escenarios posibles en Uruguay

Alfredo Falero

El objetivo del trabajo es identificar y delinear tres ciclos de luchas sociales en Uruguay y caracterizar escenarios posibles de resolución del tercero de tales ciclos, que se abren en la actual coyuntura. Para ello, se parte de establecer el contexto de América Latina desde la década del sesenta y se apoya en un instrumental teórico que focaliza sobretudo la relación entre prácticas colectivas, recursos de movilización y subjetividad social en la transformación de la sociedad uruguaya.

1. Presentación

Si se considera la década del sesenta en adelante, pueden establecerse tres ciclos de luchas sociales en Uruguay y un contexto actual donde se abren un conjunto amplio de interrogantes sobre la temática. El presente artículo propone en primer lugar mostrar las características principales de cada uno de estos tres ciclos y en función de las evidencias disponibles, delinear la coyuntura y establecer los horizontes de posibilidades que se abren en términos de luchas sociales.

Como en otros trabajos donde anteriormente se trató esta temática, corresponde enunciar dos premisas metodológicas. En primer lugar, el recorte analítico que se hace sobre el Uruguay, no debe minimizar que la problemática no es separable del contexto latinoamericano de la cual forma parte y particularmente de la región del cono sur con la que comparte las luces y sombras de una construcción común. En este sentido, si bien se realizarán referencias menores al contexto latinoamericano, no debe subestimarse que lo que ocurre en Uruguay está directamente relacionado con lo que ocurre en la región.

En segundo lugar, analizar una coyuntura con esta temática, significa inevitablemente tener presente su historicidad, esto es la conformación sociohistórica de la construcción de las fuerzas de cambio social: el tipo de actores y sus articulaciones, los espacios de experiencias colectivas conformados y las acciones de neutralización de las que fueron objeto, los recursos de que se dispone y la capacidad de movilización, etc. Considerando la inexistencia local de este ángulo de análisis, es que precisamente buena parte del presente trabajo apunta a construir una periodización sociohistórica como forma de entender la actual coyuntura.

La construcción y reproducción del llamado neoliberalismo como un juego dialéctico de acciones sociales y poder simbólico que materializó la profundización de relaciones capitalistas, que tuvo y tiene carácter global pero presentó y presenta especificidades en América Latina y en Uruguay, fue tratado en un artículo anterior como forma de superar algunos análisis locales economicistas -a veces matemáticamente ostentosos pero en general bastantes simplistas en sus presupuestos- en los que

subyace una visión de las posibilidades de desarrollo del Uruguay como una ecuación entre mayor crecimiento y mayor intervención del estado para matizar graves problemáticas sociales¹.

Se trataba entonces de mostrar un cuadro social macrorregional que trasciende estados-naciones, que supone un modelo de acumulación, constelaciones de poder específicas y que, en suma, implica la redefinición del mapa de clases sociales y el tejido social. Esto fue elaborado desde el concepto de patrón de poder regional y por cierto implicaba traspasar la obviedad que el mundo es distinto y más complejo que antes. Decíamos en ese momento que con tal expresión se procuraba apoyarse en una herramienta conceptual que sin dejar de reconocer lógicas más amplias de dominación global eurocéntricas constituidas con América Latina desde hace más de 500 años (Quijano, 2000), se intentaba apuntar a especificidades regionales propias de la articulación periférica, a espacio-tiempos más acotados dentro de aquella totalidad y a las nuevas posibilidades de superación.

Lo que ahora corresponde subrayar es que tampoco las luchas sociales pueden examinarse desancladas de un patrón de poder regional. Estas se desenvuelven y articulan construyendo significados. Significados que, a la vez, están directamente vinculados a necesidades construidas sociohistóricamente dentro de ese patrón de poder. En los hechos, las luchas sociales –en Uruguay habrá que repetir esto una y otra vez dada la frecuente incapacidad académica de no ver más que acciones provenientes del estado como claves interpretativas del cambio- tienen una enorme importancia potencial como dinámicas ampliatorias reales de la democracia más allá de discursos. Esto es: no solo como ampliación de espacios de participación sino de ampliación de derechos sociales sobre las lógicas de afirmación del mercado como supuesta regulación suprema de las relaciones sociales.

El instrumental conceptual que permitirá ver este recorrido en la sociedad uruguaya, se ha fundamentado también en otras oportunidades (por ejemplo, Falero, 1999) así que aquí solamente se hacen referencias generales. Se parte de establecer la dialéctica prácticas sociales – subjetividad colectiva entendida como construcción y potencialidad de construcción de una nueva hegemonía (Gramsci, 1985; Anderson, 1987) que siempre se disputa en la articulación entre lo social y lo político. Las experiencias colectivas tienen una importancia crucial (Thompson, 1981, 1989), en la generación de significados sociales, de viejas y nuevas formas de subjetividad social de transformación colectiva. Estas últimas están ahora notoriamente deslocalizadas de la fábrica y generando una base de conflictos mucho más territorial que se expresa por ejemplo en medidas como el corte de rutas o calles. Paralelamente el proceso de mercantilización es ahora total y tiende a impregnar todos los aspectos de la vida en sociedad.

No obstante, la activación de procesos de construcción de subjetividad de cambio, no necesariamente asegura la transformación social. Esto dependerá de los recursos que se disponga y de la dinámica cíclica de auge y decadencia de movilización social (Tarrow, 1997) que a su vez depende de múltiples factores, algunos no controlables, algunos en parte. Por ejemplo, puede existir una expansión de la subjetividad de cambio pero rápidamente quedar capturada o cooptada por elites políticas en los hechos sostenedoras del statu-quo y en consecuencia diluir su potencialidad. Todo lo cual sugiere la necesidad de repensar la capacidad de apropiación del contexto por los sujetos

1 Se hace referencia al artículo incluido en la compilación de trabajos correspondiente a la III Reunión anual de investigadores del Dpto. de Sociología (Falero, 2005a). En tal sentido, lo que aquí se presenta puede verse como el examen de otra dimensión dentro de ese esquema general allí presentado.

sociales (León y Zemelman, 1997) para los nuevos tiempos. Y esto, para la sociedad uruguaya –en general nostálgica, temerosa de lo nuevo, envejecida, en fin, conservadora en sus referentes- supone un enorme desafío como tratará de demostrarse.

2. Crisis del patrón de poder de posguerra y luchas sociales

La particularidad de Uruguay en el esquema del patrón de poder regional establecido en la posguerra es que, aún con todos los condicionantes estructurales de la articulación periférica latinoamericana, nuestra sociedad no ostentaba el cuadro general frecuente: oligarquías extraordinariamente fuertes, caudillismos extendidos con inexistencia de intervención estatal moderna, fuerza de trabajo esclava y semiesclava, exclusión indígena.

No obstante, la cristalización de límites a este formato de acumulación es, en términos comparativos latinoamericanos, temprana. A fines de la década del cincuenta se observaban ya signos de agotamiento y en la década del sesenta el sector industrial uruguayo ya no presenta una capacidad importante de irradiación sobre el resto de la economía. Sobre este cuadro, se mueve un sistema político tanteante, inseguro y de visión cortoplacista que no podrá dar cuenta de la crisis y es aquí donde debe ubicarse un ciclo de luchas urbanas importantes. Así es que tales luchas no irrumpen en una supuesta “suiza de América” sino en una sociedad ya en crisis donde cada vez resulta más descarnado que no se está ante otra cosa que la reproducción directa de los intereses del poder económico (agropecuarios, financieros, mercantiles, industriales).

Particularmente las políticas restrictivas en el plano salarial en la década del sesenta abren a un conjunto de demandas y un horizonte de posibilidades donde se potencia la posibilidad de caminar hacia un modelo que se caracterizaba –en toda América Latina- como antiimperialista y/o socialista, es decir, la expectativa de superar el carácter periférico de las economías y construir otras relaciones sociales.

Dentro de este esquema, la expresión uruguaya principal de los movimientos armados - hubo otras menores, debe recordarse- fue el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros el que, más allá de las diferentes tendencias internas, procuró transmitir una simbología de necesidad de superación de un estado corrupto y dependiente en sus decisiones de centros de poder locales y externos. Pero –y aquí cabe recomponer el cuadro sociohistórico- fue un actor más en un amplio arco de actores con las mismas preocupaciones en un contexto crítico y complejo. En tren de matizar cualquier explicación monocausal, Real de Azúa, enfatizaba el error de ver un “efecto prácticamente automático de determinantes socioeconómicas”, o colocar al MLN-T en la línea de “las restricciones a las posibilidades de organización política”. No puede olvidarse el prestigio que la vía revolucionaria había estado adquiriendo en la izquierda (Real de Azúa, 1971: 232 y ss.) considerando las evidentes, continuadas, manifestaciones imperialistas de Estados Unidos y la significación que habría tenido o tendría remover los lazos de subordinación.

El ciclo de luchas involucra así un arco de actores extenso y variado² y tendrá un punto alto frente al giro autoritario que imprime el presidente Pacheco a partir de 1968 en lo que luego se ha

2 Por ejemplo, la marcha de los trabajadores de la caña de azúcar de unos 600 kilómetros en 1964 tiene significación por la inexistencia de antecedentes de nucleamientos sindicales rurales y la generación de una nueva subjetividad colectiva de reclamo de derechos sociales en el norte del país promovida por Raul Sendic (Véase: Clap, 1985 y Gonzalez Sierra, 1994).

dado en llamar "autoritarismo constitucional". Ese arco de luchas implica como protagonista central dentro del ámbito de la sociedad civil al movimiento sindical que en 1965 cristaliza su propia visión de transformación social en el llamado "Congreso del Pueblo" y un año después constituye una central única, la CNT (Convención Nacional de Trabajadores). Su constitución es vista ya entonces como la más alta expresión programática y organizativa en la historia del movimiento sindical uruguayo (D'Elia, 1969; Rodríguez, 1985).

El segundo actor en importancia a nivel social es el movimiento estudiantil. Aunque de incorporación tardía, la movilización de estudiantes universitarios tendrá luego un protagonismo regular y relevante donde los reclamos trascienden los vinculados a la Universidad. Como ha sido caracterizado, el sentido y trascendencia de su lucha solamente puede ser inteligible, subrayando las conexiones que le unieron a la corriente de protesta más general (Landinelli, 1988).

En la llamada "sociedad política" la canalización de las perspectivas de transformación supone el nucleamiento de un conjunto variado de partidos y tendencias que en 1971 conforman el Frente Amplio. Algunos sectores desgajados de los partidos tradicionales, con perfiles nacionalistas y de cambio progresivo, serán parte de la fundación de esa nueva fuerza política. En tanto alianza de partidos, movimientos e individuos sin referente partidario, el Frente Amplio aparece entonces como una expresión de la acumulación política y social que busca trascender la participación en las elecciones nacionales de ese momento (Estellano, Latorre y Elizalde, 1989).

El Frente Amplio hace suya la plataforma reivindicativa de la CNT. Basta comparar la Declaración de Principios de la CNT con las bases programáticas del FA. Pero al mismo tiempo éste disputa presupuestos liberales proclamados por los otros partidos pero en declive evidente en los hechos: soberanía nacional, libertades públicas y justicia social (Varela, 1988). Es una fuente material de producción de poder constituyente en la terminología de Negri (1994). Y ese carácter supone innovación, un poder que trasciende la idea de mera construcción de acuerdos de elites políticas de partidos y movimientos, ya que se conforma sobre una organización de base propia que es la red de los "comités de base". Es decir que desde la fundación, la participación, la toma de decisiones, en tanto son problematizadas, refleja ese doble soporte de la fuerza: social y político.

En términos estrictamente electorales, era difícil que el Frente Amplio pudiera vencer en las elecciones (de hecho obtuvo el 18.3% del electorado en 1971) dado el clima de miedo, la campaña de terror, la imagen de caos, que el poder político y económico asociaba con tal alternativa. Además del fraude que también existió e impidió el triunfo de la entonces ala progresista del Partido Nacional. Pero lo que interesa observar de este período es ese espacio social de cohesión de fuerzas sociales y políticas que arranca efectivamente (más allá de otros antecedentes preparatorios) a mediados de la década del sesenta y concluye en la formación de una unidad sindical y de un frente político sobre la diversidad existente de posiciones políticas, estratégicas, etc. Se trata de dos ejes de un mismo espacio interconectado -que en verdad es precisamente la visión de Gramsci cuando separa analíticamente sociedad civil y sociedad política- cuyo potencial (también sus límites, como siempre ocurre) se advertirán años después.

Ese ciclo de luchas sociales se cerrará en Uruguay y en el resto de la región, con la sucesión de golpes de estado inspirados en la Doctrina de la Seguridad Nacional. En Uruguay el golpe ocurrió en 1973 y en Argentina en 1976. A partir de allí se asiste a una consolidación del conocido terrorismo de Estado, freno de una crisis de hegemonía y constructor de las bases de un patrón

de poder que implicaría una apertura externa casi indiscriminada y un énfasis casi exclusivo en el mercado. El despliegue de instrumentos tendientes a promover las exportaciones manufactureras –por ejemplo mediante la reducción de costos de producción, particularmente los laborales- genera una nueva orientación. Desde este punto de vista, las dictaduras constituyen la verdadera “transición” en América Latina.

3. Nuevo patrón de poder y nuevo ciclo de luchas

Dentro del plan sistemático de exterminio de la disidencia social y política, la actividad del Frente Amplio obviamente es perseguida. Pero lo mismo ocurre con cualquier expresión social de resistencia cuya expresión máxima es una huelga general de unas dos semanas que logró la adhesión de vastos sectores no sindicales. Pero no todo es coerción. El proceso autoritario contó al comienzo para establecer su dominación con la complicidad de algunos sectores de los partidos tradicionales y de parte de la población que aspiraba a un “orden” social perdido. Tales apoyos se irán perdiendo hasta ser marginales. Paralelamente las redes informales, subterráneas de oposición (donde la cultura del “frente amplismo” comienza a ser nuevamente un vector) se irán expandiendo. Como en otros países de América Latina, la “democracia” surgía como la encarnación simbólica de una serie de aspiraciones diferentes.

No es posible explicar la derrota militar con su intento de autolegitimación de la dictadura en el plebiscito constitucional convocado en noviembre de 1980 sin apelar a esa red social informal que fue generando el convencimiento de la necesidad de rechazar la propuesta. La misma suponía una apertura limitada y controlada y que obviamente se publicitaba por el régimen como la única oportunidad de salida.

Además, por esos años comienza la recuperación de un actor social clave: el movimiento sindical que realiza el 1º de mayo de 1983 un multitudinario acto. Buena parte de esas manifestaciones se nutren del perseguido “frente amplismo” y viceversa. Otra extraordinaria concentración, con todos los partidos políticos, se dio el 27 de noviembre de 1983 (al pie del Obelisco de los Constituyentes de 1839).

En el plano del tejido social, ese período de inicio de la década del ochenta es de extrema riqueza. En la periferia de Montevideo se genera una red de comisiones vecinales, obras sociales de la Iglesia, organizaciones sociales, clubes sociales y deportivos y cooperativas de vivienda para la generación de policlínicas barriales, clubes de compra, ollas populares, vivienda, etc. (Filgueira, 1985). Trascendiendo cualquier lectura mecánica de necesidad – movilización, es preciso observar un conjunto de experiencias colectivas (en el sentido ya indicado de Thompson) de base urbana que no dejará igual que antes a sus participantes. Entre ellas, las cooperativas de vivienda, tienen no solo una expresión barrial localizada sino una expresión sociopolítica mayor como Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (en adelante FUCVAM, creada en 1970) que pese a los bloqueos, logrará crecer y consolidarse. Sus objetivos van más allá de la generación de cooperativas de vivienda, ya que implica toda una visión de sociedad y en ese contexto fue junto al movimiento sindical y al también resurgido movimiento estudiantil, uno de los tres ejes de movilización social más importante contra la dictadura.

En el caso uruguayo la dictadura había perdido en los últimos años la confianza de parte del poder económico y su capacidad de construir una nueva hegemonía era nula. De hecho, la base

de la negociación para la salida de las elites militares del poder político lo constituye una alianza policlasista que tiene una expresión política multipartidaria. En buena medida, ese período se vivió como reconstrucción pre autoritarismo, lo cual puede leerse como una señal de la capacidad de reconstrucción hegemónica del poder dominante.

El arco de expresiones englobantes de superación dictatorial y construcción democrática desbordaba por izquierda y derecha lo estrictamente identificado con el rótulo de “frente amplista”, no obstante éste reaparece como un referente clave. En el primer sentido porque el Frente Amplio no nucleaba a la totalidad del espectro de izquierda en sus vertientes política y social, en el segundo porque todavía subsistía en los partidos tradicionales una veta de arraigada perspectiva democrática liberal con sensibilidad social. Así es que ese arco de movilización social expresa una construcción hegemónica donde coexisten desde prácticas inspiradas por la transformación estructural hasta aquellas limitadas a la idea de reconstrucción institucional democrática en un sentido regulador, considerando la acertada distinción de Boaventura de Souza entre democracia reguladora y emancipatoria³.

4. Fin del segundo ciclo de luchas

Las trabajosas negociaciones entre militares y partidos políticos fueron reemplazando el protagonismo de la movilización social hasta llegar a las elecciones en 1984 –realizadas con ciertas limitaciones, aunque legitimadas por la presencia del Frente Amplio– de las que emergerá una coyuntura que supuso la disolución de ese arco de resistencia social y política. También implicó una “concertación” entre representantes de todos los partidos, las organizaciones empresariales y el movimiento sindical para “garantizar la estabilidad democrática”. De allí emergieron algunos acuerdos de los que poco o nada se pondría en práctica.

La salida supone ventajas para el Partido Colorado y de hecho es el que efectivamente gana las elecciones presentándose como la opción confiable con un pregonado eslogan de “cambio en paz”. Pese a la ostensible deslegitimación de los militares estos mantienen con el nuevo gobierno de “transición” un lugar tutelar. La reaparición del protagonismo social se da en ese marco: la recolección de firmas para la derogación de la ley de “caducidad de la pretensión punitiva” que votada en el Parlamento amnistiaba a los militares. No obstante la derrota -el 16 de abril de 1989 el 56% ratificó la ley luego de una efectiva campaña de terror- el emprendimiento supuso una nueva forma de hacer política. Desde la organización para la recolección de firmas, en un proceso que comenzó en 1987, hasta la propia simbología utilizada, se advierte un proceso distinto a los anteriores, un tránsito, fin y principio al mismo tiempo.

La derrota en el referéndum significó el cierre definitivo del ciclo de luchas iniciado para la expulsión de la dictadura pero a la vez sentó las bases de lo que sería el nuevo ciclo de luchas. Si el primer ciclo supuso acciones colectivas en el marco de un contexto de crisis del patrón de poder desarrollista y la posibilidad de transformaciones, el segundo se estableció en la generación, inevitablemente conflictiva, de establecer bases institucionales de largo plazo del patrón de poder que

3 Véase Souza Santos, 2000 y 2005. Sobre las relevancias analíticas del punto y su aplicación al caso uruguayo, véase Falero, 2005b.

se conocería como neoliberalismo, una verdadera profundización de las relaciones capitalistas, con cambios en la propia forma Estado y en la estructura social con efectos fragmentadores⁴.

Si el primer ciclo de luchas fue eliminado por la represión, este segundo ciclo que potencialmente podía crecer en demandas de derechos sociales post dictadura, en Uruguay fue disuelto por una tecnología política más sutil, mezcla de coerción latente y de un falso consenso que se proclamó desde el gobierno. Con esto último se alude a la reedición de mecanismos de concertación que apelaban a la cultura del “compromiso” (frente a la de confrontación) para garantizar la “transición” pero que en realidad significó la sistemática desestimulación del impulso de demandas por movilizaciones sociales⁵.

El movimiento sindical uruguayo –con una base social ya transformada y en transformación– tiene en esa coyuntura una actitud de autocontención frente a la práctica antisindical, en la que pesaba una sobrevaluación positiva de los derechos reconquistados y un incremento del salario real que efectivamente se produjo en el principio del gobierno Colorado aunque luego se estancó⁶. No puede desconocerse, que tal postura estaba alineada con la fuerza política con la que obviamente se tenían más puntos de contacto, el Frente Amplio.

La trayectoria de ésta parece haber confirmado la hipótesis esbozada en esos años en cuanto al proceso que vivía de convertirse en una izquierda integrada y funcional al sistema (Estellano, Latorre y Elizalde, 1989). Más allá de reales bloqueamientos internos (que culminaron entonces en la separación de algunas tendencias democratacristianas y socialdemócratas actualmente nuevamente reintegradas), la actitud era de una prudencia asentada en la “frágil, parcial, condicionada” democracia reconquistada⁷.

Las bases sociopolíticas –la red de comités de base– ya advertía entonces su escasa capacidad para incidir en la dirección de la fuerza política. Para comienzos de la década del noventa –coincidiendo con los procesos que se vivían de descomposición y caída de los regímenes burocráticos en Europa del este– existía una fuerte pérdida de militancia. No obstante la desmovilización y desmoralización en buena parte de la misma parece estar más vinculada con procesos locales cotidianos que con referentes externos sobre los cuales coexistían diferentes visiones en las bases de la fuerza política. Existía la percepción de esterilidad de la acción respecto a los cursos sustentados por las elites políticas y las encuestas del momento revelaban una emergente actitud de apatía⁸. El proceso tenderá

4 Se omite aquí una caracterización más profunda e interpretación del llamado “neoliberalismo” pos Consenso de Washington en América Latina y se remite al trabajo ya citado: Falero, 2005^a.

5 Quedó en el imaginario popular una frase del presidente Sanguinetti celebrando “¿Qué huelga perdió este gobierno?” En el discurso transmitido por cadena de televisión expresaba además: “no nos dejemos ganar por los enojados, por los amargados, que son minorías resentidas que quieren amargar y resentir a todo el mundo. Sigamos así, tranquilos, serenos, cuidando nuestras libertades, esas libertades que comprometieron antaño los mismos desordenados de hoy” (Fuente: La República: 2 de julio de 1988).

6 Tomando 1957 como base 100, en 1984, es decir al final del período militar, se calcula que el salario era del 35.4 %. En los primeros años del retorno a la democracia, el salario tiende a crecer para ubicarse en 1989 en el 45.4 (Foladori y Olesker, 1992).

7 Los calificativos corresponden al discurso del Gral. Seregni en la inauguración del Congreso del Frente Amplio de diciembre de 1987.

8 Según una encuesta Gallup, a fines de 1988 sólo un 26 % admitía que la política le interesaba mucho contra un 74 % que confesaba su poco o nulo interés. Casi un 90 % no asistía a locales partidarios o lo hacía muy esporádicamente (La República: 4/12/88).

a acentuarse en la década del noventa con la capacidad del nuevo patrón de poder de expandir una subjetividad individualista, hedonista, incitadora del consumo.

La victoria del Frente Amplio en el gobierno de Montevideo en 1989 supone un avance de la fuerza política pero también la gestión comienza a marcar nítidamente la supremacía de lo constituido frente a lo constituyente, una ecuación que venía ya reestructurándose en su original composición. En suma, para finales de los ochenta, el ciclo de luchas está cerrado. Los viejos actores no pueden evitar las transformaciones socioeconómicas en curso. El cuadro es de un movimiento estudiantil a nivel universitario diluido, un movimiento de cooperativas de vivienda bloqueado en su crecimiento y un movimiento sindical en crisis tanto por los cambios en el trabajo que se venían registrando –a partir de 1990 el gobierno del Partido Nacional impulsará una fuerte desregulación y flexibilización– como propios al modelo sindical.

5. Vaivenes en el Frente Amplio y lenta regeneración de la protesta

El fin de un ciclo de luchas obviamente no significa la inexistencia de conflictos, sino la incapacidad coyuntural para la conformación de un nuevo arco de expresiones sociales con capacidad de disputar la hegemonía. Y en este sentido, el recurso del plebiscito, el instrumento de la participación directa, es el que permite establecer puentes entre actores diversos y colocar frenos a esa mercantilización. Nuevamente debe marcarse la importante movilización de recursos que significa generarlo, particularmente en cuanto a exigencias de recolección de firmas que supone un trabajo en la propia cotidianeidad.

En este caso, el intento de privatización de empresas estatales fue el que puso en movimiento la organización para plebiscitar algunos artículos de la ley que habilitaba tal proceso promovida por el entonces gobierno de centro-derecha de Lacalle del Partido Nacional. El resultado de un 72% que votó por derogar los puntos más duros, no solo puede leerse como resultado exclusivo de las prácticas de sindicatos y otros actores de la sociedad civil, sino también de la posición que debieron asumir caudillos locales de los partidos tradicionales, especialmente del Colorado entonces en la oposición, que llevó a algunos sectores políticos en principio favorables a la posición del gobierno a realinearse con la posición para derogar.

No obstante, igualmente se operaron transformaciones con criterio mercantilizador en las empresas propiedad del Estado. Las iniciativas populares de los años siguientes con ese instrumento del plebiscito si bien no todas fracasaron, marcan hasta donde se estaba todavía en un proceso de lenta reconstrucción de una contrahegemonía al proyecto dominante. Por ejemplo, con las elecciones nacionales de noviembre de 1994, se realizan simultáneamente dos consultas: una impulsada por sindicatos de la enseñanza para establecer constitucionalmente un mínimo al gasto en educación, que fracasa, y una impulsada por organizaciones de jubilados y pensionistas para impedir que el valor de las jubilaciones y pensiones pueda ser alterado en instancias presupuestales, que triunfa⁹.

Como común denominador, puede establecerse en general un muy moderado acompañamiento del Frente Amplio cuyo temor a complicar resultados electorales futuros, se hacía evidente en cada

9 Para un examen ampliatorio del uso de este mecanismo de democracia directa, véase Moreira, 2004. El trabajo, discutible en su visión autoreferencial del campo político, tiene la virtud de incluir un detallado repaso de tales intentos impulsados. Véase también la relación entre sociedad civil y plebiscitos en el examen de Susana Mallo (2005).

decisión; un ostensible silencio de información sobre las convocatorias en los medios masivos de comunicación y un proceso de desgaste y resignación en buena parte del entramado social que sustentaba el aporte cotidiano para posibilitar acciones efectivas. Desde esta perspectiva, puede establecerse que los intentos de cuestionamiento al patrón de poder y reconstrucción de una contrahegemonía, resultaban dificultosos pero no inexistentes.

En los últimos años de la década del noventa puede situarse el comienzo del nuevo ciclo. Los actores sociales que lo sustentarán tienen en ocasiones el protagonismo del movimiento sindical clásico –particularmente trabajadores formales, asalariados bajos y medios, aún con capacidad de movilización- pero en otras coyunturas se observa la aparición de nuevos actores: estudiantes de enseñanza media, movimiento de derechos humanos, FUCVAM y otros menores. También aparecen expresiones públicas de protesta con una composición socioeconómica diversa, particularmente de base rural.

Comienza a reconstruirse un tejido social para la movilización colectiva, pese a establecerse en un escenario general de pérdida de la capacidad colectiva de rebelarse. La nueva dialéctica entre prácticas sociales múltiples de resistencia y construcción de una subjetividad social son paralelas a la progresiva deslegitimación del modelo socioeconómico vigente. La sustentación de tales prácticas revelará un nuevo ciclo de luchas, que como siempre sucede, tendrá la capacidad de habilitar la expresión de demandas pero a la vez limitándola a determinados parámetros. De ellos, se hablará inmediatamente.

6. Crisis del patrón de poder y tercer ciclo de luchas

En un contexto de creciente pérdida de capacidad simbólica de dominación del patrón de poder regional, pueden rastrearse en Uruguay también evidencias suficientes en ese sentido. En efecto, a comienzos del nuevo siglo y coincidiendo con el nuevo gobierno de centro – derecha del Partido Colorado con Jorge Batlle, se produce una afirmación de las tendencias de movilización social emergentes. Tales tendencias pueden resumirse como siguen: uso de los plebiscitos como instrumento de democracia directa, descentramiento de Montevideo y expansión territorial de la protesta a todo el país, y multiplicidad de actores sociales involucrados y carácter policlasista de parte de las movilizaciones.

Respecto al empuje y armado del mecanismo de consulta popular por plebiscito, puede observarse como, acompañando un proceso más general de activación del tejido social, se va hacia notorios posicionamientos de cuestionamiento a la perspectiva económica. En el año 2002, si bien se llegó a las firmas para convocar la consulta para derogación de las normas que posibilitaban la privatización de parte de los servicios de la empresa estatal de teléfonos (ANTEL), el gobierno derogó la ley sin llegar a esa instancia previendo resultados adversos. Un año después, la ley que posibilitaba la asociación con transnacionales de la empresa estatal de combustibles y otros productos (ANCAP), fue derogada con un respaldo del 62,3% de los votos.

De hecho, los dos procesos están unidos. El 19 de febrero del 2002, fecha en que la llamada “Comisión de Defensa del Patrimonio Nacional” entregó, movilización de trabajadores mediante, casi setecientas mil firmas por el caso de los teléfonos, se desarrolló también el acto que dio comienzo a la recolección de firmas por la segunda convocatoria mencionada. Un aspecto clave y relativamente

novedoso, fue la preocupación por llegar, en la recolección de firmas, a lugares de grandes concentraciones, ya se trate de espectáculos deportivos, desfiles de Carnaval, celebraciones religiosas, etc.¹⁰. La relación con una cotidianeidad distinta a la laboral clásica del patrón de poder anterior, ahora es más claramente percibida.

En ambos casos, si bien los sindicatos respectivos tuvieron un obvio protagonismo y se enfatizó en la idea de que no se trataba de una mera lucha corporativa, el trabajo de recolección de firmas se vio resentido por los congresos en la central sindical y la falta de militantes. Respecto al apoyo de la fuerza política, el Frente Amplio, como ocurrió en otras instancias, fue originalmente muy reticente. De hecho en el caso del segundo plebiscito mencionado, algunos legisladores de la fuerza política habían participado en la generación de la ley que luego se decidió apoyar su derogación. Pero los resultados obtenidos, permitieron obviar esas contradicciones y enfatizar el cuestionamiento al patrón de poder.

Un segundo aspecto anunciado refiere a que el fenómeno de asociación y de protesta profundiza su expansión a todo el país, particularmente con la fuerte crisis del año 2002. Aquí la relevancia de la temática más que estar en su capacidad específica de transformación inmediata de condiciones, está en lo sugerente que resulta comparado con años en que la subjetividad política instalada hacía menos proclive tales acciones. Ya se aludió, asimismo, a movilizaciones conjuntas de distintos sectores en ciudades del interior desde mediados de la década del noventa. Dígase de paso, que los cortes de ruta, a diferencia de lo ocurrido en Argentina, fueron muy acotados, seguramente tratando de escapar del imaginario que atribuía intención de enfrentamiento y violencia y que la derecha política promovió.

Respecto al tercer aspecto, es preciso señalar que el movimiento sindical muestra más incapacidad de llegar a algunos sectores del trabajo, como los trabajadores informales¹¹, y ubicarse como un actor social más que expresa el cambio, que de coordinar acciones con algunos sectores del capital. Hasta el momento la composición de clase de este tercer ciclo de luchas, no dejaba de advertir que básicamente se estaba frente al clásico abanico que va de clase media y media-baja a clase baja. Es decir, sectores donde existía una relación directa o indirecta con el trabajo asalariado, con el cooperativismo, con pequeños emprendimientos, con la calidad de estudiantes.

La nueva apuesta, amplía esa composición de clase –en la expectativa de alianzas coyunturales y para el futuro- pero con efectos en la estrategia. Así varios gremios y cámaras empresariales dan señales hacia ese arco policlasista para un cambio de modelo económico (por ejemplo, un documento de 24 gremiales empresariales presentado en diciembre del 2001). Otros que tienen peso relevante –la cámara de Industrias, la cámara de la Construcción y la Asociación Rural- advierten que se trata más de reclamos coyunturales que de cambio de modelo y no adhieren a tal propuesta¹².

Así es que la llamada “Concertación para el Crecimiento” reunió a sectores del trabajo y a parte de los sectores del capital bajo el común denominador de cuestionamiento a la política económica y de defender la “producción nacional”. El 16 de abril del 2002, intereses muy diferentes con el apoyo

10 Véase Brecha, 22.02.02, artículo de Waler Falco,

11 Para comienzos del año 2001, se sabía que más de la mitad de los uruguayos tenía algún problema de empleo y uno 40 % no tenía cobertura de Seguridad Social, incluyendo en la categoría empleados precarios, trabajadores informales y desocupados sin seguro de desempleo (véase informe de Olesker en La República, 25.03.01).

12 Véase artículo de Gabriel Papa en Brecha, 12.04.02.

de la izquierda, llevaron a una “jornada cívica” convocando una importante manifestación. El acto del 1º de mayo de la central sindical estuvo marcado por esa alianza¹³. El empuje de este movimiento policlasista canalizó por algunos meses la estrategia. No obstante, no todas las organizaciones sociales (ni políticas de izquierda) confluían en ese arco. FUCVAM, por ejemplo, marcó su discrepancia estratégica con la visión de la central sindical. Para el año 2003, luego de la crisis y devaluación del año 2002 (que tuvo efectos saludables para la reactivación de la producción), y luego de algunas expresiones públicas que tuvo tal concertación, el movimiento de convergencia entre trabajo y capital perdió fuerza.

Algunas organizaciones empresariales volvieron rápidamente a su política de lobby con el elenco político y el PIT-CNT se evidenciaba tensionado entre asegurar la permanencia de tales vínculos y recrear un entonces diluido relacionamiento con el Frente Amplio¹⁴. También los sectores de medios y altos ingresos afectados por la crisis bancaria fueron dejando sus protestas públicas y progresivamente cualquier convergencia con otros sectores.

Paralelamente, un paro general convocado para el 17 de junio del 2003, remarcó el nivel de deslegitimación del gobierno que ya venía evidenciándose particularmente en enero del 2002 cuando se registró una marcha de la central sindical a Punta del Este (con 15 kilómetros de extensión dicen las crónicas y con un evidente apoyo durante el trayecto) a la cual el gobierno prohibió previamente el ingreso al selecto balneario. También se revitalizaron redes sociales en barrios periféricos (recuérdese el final de la dictadura), que resignificaron necesidades urgentes como alimentación en experiencias colectivas localizadas.

Si durante el 2002 y el 2003, el desprestigio de las elites políticas y el latente movimiento de resistencia no derivó en jornadas como las ocurridas con la caída del presidente De la Rúa en Argentina, debe establecerse entre las causas centrales el bloqueo que a ese salto cualitativo de la protesta colocó el Frente Amplio. No necesariamente en sintonía con las perspectivas de movimientos sociales (incluso sindical) primó la posición del Frente Amplio en cuanto a no provocar conflictos institucionales y marcar ese perfil para la instancia electoral del año 2004 atrayendo otros sectores. De hecho, su perfil de excesiva prudencia¹⁵ fue neutralizado por su capital simbólico acumulado que llevó a que el acto final de campaña se convirtiera –con la convocatoria de entre 400 y 500 mil personas– en uno de los más multitudinarios de la historia. Esto da cuenta de cómo la fuerza política consiguió seguir canalizando las energías sociales de la protesta.

El gobierno del Frente Amplio instalado el 1º de marzo del 2005, reabre una serie de preguntas sobre este ciclo de luchas sociales. Obviamente porque se está en un escenario político sin precedentes particularmente en el siguiente doble sentido: a) la fuerza nucleadora de la casi totalidad de la expresión política de izquierda, eliminó prácticamente todo su composición de movimiento, de proceso constituyente, aunque mantiene fuertes relaciones con los movimientos sociales y b) la dirección económica implementada y su discurso legitimador de apoyo –en base a su tejido de alianzas con

13 Las crónicas del acto hablaban de que confluían en el mismo lugar las filas de carritos de hurgadores, que habían conformado un gremio que se incorporó a la central con costosas camionetas todoterreno de productores agropecuarios.

14 Véase Brecha 23.05.03, artículo de Mario Peralta, “¿Qué quedó de la Concertación para el Crecimiento?”.

15 Este punto era previsible y fue analizado en Falero, 2003.

sectores del capital y como era de esperar con los antecedentes de Brasil y Chile- está lejos de poner en cuestión la dirección económica anterior o al menos de procurar búsquedas en ese sentido¹⁶.

Por cierto, lo anterior, no pretende apuntar a que la nueva elite política no de señales de una nueva dirección en otros planos que hacen a la gestión general de lo estatal, de la relación estado-empresas en algunos planos, o en la política sobre derechos humanos si se compara con lo poco que se avanzó en tal sentido en los anteriores elencos políticos de centro derecha. No obstante, tales elementos no afectan la reproducción básica del patrón de poder regional, sino que, por el contrario, procuran su sostenimiento.

7. Nuevas élites en el gobierno, impulsos hacia un nuevo consenso y fin del tercer ciclo de luchas sociales

El tercer ciclo se establece entrelazado con el proceso de deslegitimación del patrón de poder neoliberal en América Latina. Se pueden citar muchas evidencias de este proceso percibido claramente en los países centrales¹⁷. La tensión sobre las cuales se instalan los nuevos elencos políticos no es pues sobre la absoluta continuidad de lo dado, sino sobre la disputa por la magnitud de los cambios: entre transformar el patrón de poder o relegitimarlo con la introducción de algunos cambios. Esa tensión se observa en toda América Latina, la posibilidad de la bifurcación está y la resolución no es clara, menos dada la magnitud de intereses en juego. La situación, en suma, tiende a ser inestable.

En el caso uruguayo, las evidencias marcan esa tensión. Las posturas ante las presiones internas y externas tienden a relegitimar el viejo patrón de poder. Lo que en un trabajo anterior se apuntara como uno de los escenarios posibles, lo que denominábamos “encarriladera al empuje progresista”, se ha cristalizado (Falero y Vera, 2004). Esto es, más allá que dentro de la fuerza política existan sectores decididamente opuestos a tal cristalización que juegan políticamente en los hechos se ha afirmado una opción. En el manejo del gobierno del Frente Amplio, se observa un inequívoco alineamiento con los organismos financieros internacionales y agencias globales conexas que marcan una continuidad de las bases sustentadoras del actual patrón de poder y por tanto restricciones severas como para emprender otros caminos.

Al mismo tiempo, el conflicto por las plantas de celulosa agregado a la crisis del MERCOSUR como formato de integración, han servido de bases sustentadoras para colocar como “natural” la búsqueda de una inserción más “suelta” del peso de la región, lo cual supone también una mayor exposición al histórico peso de Estados Unidos (como demostró lo que pudo ser el camino rápido para la firma de un TLC). En este replanteo de los postulados antes sostenidos por la fuerza política, existe una llamativa uniformidad comunicacional que apoya tal cambio. Toda otra perspectiva aparece como marginal, con poca rigurosidad técnica, descalificada bajo el peso automático del argumento de la apertura y el incremento comercial a cualquier costo como opción salvadora. Y esto obviamente

16 Sobre este punto, véanse a modo de ejemplo el enfoque económico neoinstitucionalista discrepante con la actual conducción, sostenido por Antonio Elías en el suplemento “Detrás de los números” del semanario Brecha.

17 Por ejemplo en el año 2002, el New York Times en nota de primera página señala que ante “sueños económicos (que) se han transformado en despidos y recesión... millones están haciendo sentir sus voces... contra el experimento económico de la última década ...” (Tomado de Nota de Bernardo Kliksberg reproducida en Bitácora, La República 02.10.02).

no es un camino del que pueda esperarse un desarrollo aut centrado en el sentido de Amin (2003) por ejemplo.

Se señalan a continuación –sin posibilidad de extenderse aquí– algunas nuevas bases para la generación del nuevo consenso social que el Frente Amplio dispone y utiliza:

- a) Mayor regulación del Estado pero sin alterar significativamente el proceso de mercantilización de la sociedad. En términos de corriente económica hegemónica, lo anterior se sustenta en el pasaje de lo que se conoció como neoliberalismo a un “neoinstitucionalismo” (Falero, 2005c) que procura matizar las aristas más negativas del modelo de la década del noventa como la excesiva desregulación, sin poner en cuestión el patrón de poder.
- b) Apelación a mecanismos que tiendan a no incrementar, incluso a reducir moderadamente, la pobreza, aunque sin suponer dinámicas sostenidas de construcción de derechos sociales y redistribución de la riqueza. Dadas las características de las políticas sociales (plan de emergencia fundamentalmente y lo que se anuncia como sustitución para los próximos años) y de la capacidad de generación de trabajo basada en la inversión extranjera sobre la que se proclaman las expectativas, no es probable que ocurran cambios significativos para revertir el nivel de degradación y segmentación del tejido social, luego de años del actual patrón de poder. No obstante las formas de asistencialismo pueden estar generando un nuevo consenso entre los sectores sin derechos sociales.
- c) Legitimación de las nuevas elites políticas sobre la base de su disposición a penalizar la corrupción, con invocación a la ética en el marco de nuevas articulaciones con el empresariado y con la construcción de un proyecto que alimenta la idea de eficiencia y eficacia sobre la base de técnicas y discurso gerencial para la regulación societal. Al mismo tiempo se impulsa como en otros lugares, la responsabilidad social empresarial (Perdiguero, 2003) que permite un nuevo reposicionamiento social a los sectores más favorecidos.
- d) Fortalecimiento de una conducción tecnocrática pero en clave de izquierda que en los hechos tiende a disolver toda potencialidad de movilización social sobre la base de que se trata de decisiones de carácter técnico, de lucha contra corporativismos sociales, de necesidad de ser pragmático, etc. Este esquema no funciona solo en el marco de la distribución de recursos por el presupuesto o en instancias futuras, sino también en decisiones que implican por ejemplo consecuencias medioambientales severas, como la profundización del modelo forestal (entendido como mucho más que la construcción o no de una planta de celulosa).
- e) Atado a lo anterior, sustitución de la idea de proyecto de transformación como referente anterior de la izquierda por el de conducción pragmática del país en un contexto de globalización. Esto se advierte no solo en lo económico. La nueva visión promovida debe generar por parte del nuevo elenco político, una descalificación –no necesariamente exhibida y por cierto no solo local– de la figura del intelectual crítico y del viejo militante como aquellos que incurren en un exceso de ideología, que sobre reaccionan su sentido crítico, que buscan una pureza incompatible con la política, que no dan cuenta de las urgencias cotidianas de negociación y toma de decisiones, etc.

La capacidad desde el gobierno de mantener el consenso legitimando el patrón de poder vigente, depende sin embargo de la construcción subjetiva que puedan promover los actores sociales proclives a la transformación en el futuro. Sobre esta base, se advierte fácilmente la inestabilidad

de la coyuntura antes las formas que se pueda expresar el “malestar social”. Aquí se abren varias y nuevas interrogantes clave.

La inflexión no es menor. Si los tres ciclos de luchas anteriores estuvieron pautados por un referente político de transformación estructural unificado que fue el Frente Amplio y un referente social clave de movilización, un movimiento sindical sobre la base de una sola central (aunque haya venido reduciéndose su capacidad de convocatoria como movimiento globalizante de demandas), los escenarios futuros dependen de nuevas interrelaciones entre sociedad civil y sociedad política en el sentido de Gramsci.

Así es que en suma, dado el esquema de continuidad básico del patrón de poder y en consecuencia del modelo de acumulación, teniendo presente el nuevo formato de consenso sociopolítico que comienza a emerger, solo es posible extraer una premisa, o una hipótesis si se prefiere, que debe plantearse sin timidez sociológica o politológica alguna: la fuerza política que fuera referente del cambio social es la que, paradójicamente, provee ahora de bases relegitimadoras, de un proyecto de sociedad que, se esté de acuerdo o no, tiene consecuencias de reproducción de la desigualdad y la exclusión.

El nuevo escenario, en consecuencia, puede ser visto como un período de transición entre ciclos de luchas sociales. Un nuevo ciclo, supone obviamente la construcción de una nueva hegemonía social y política. Pero la dialéctica *prácticas sociales-subjetividad social* que esto supone tendrá referentes claramente diferentes a los tres ciclos anteriores.

8. Delineando escenarios a corto plazo

Las fuerzas de soporte de un proyecto de sociedad más democrático en sentido amplio, el camino hacia una democracia emancipatoria (recordando una vez más el concepto de Boaventura de Souza), requiere de prácticas sociales capaces de transformar las formas de poder establecidas. Prácticas sociales que se nutren de –y a la vez promueven nuevos– recursos materiales y simbólicos. Pueden ser considerados como recursos la capacidad de aprovechamiento de las oportunidades políticas, la posibilidad de generación de nuevas formas organizativas (formales e informales), la inteligencia social para impulsar nuevos significados sociales de cambio, etc.

Todo ello puede conducir a un nuevo ciclo de luchas sociales. Esto significaría que las tecnologías sociales actuales de relegitimación del patrón de poder construido en la década del setenta y ochenta y profundizado en la década del noventa, o que la alternativa a lo anterior, las coordenadas de incredulidad y el escepticismo, no tienen proyección para impedir la configuración de nuevas expectativas sociales. No es el caso por el momento y para ello hay que considerar principalmente dos elementos ya manejados.

En primer lugar recuérdese el tejido social actual producto de la dinámica de estos años: muy fragmentado a partir de lo socioeconómico, con consecuencias de fracturas culturales ostensibles, población envejecida que reproduce una subjetividad social que –para bien y para mal– es poco proclive a innovar, tendencia a la migración (si se suman los uruguayos en el exterior más sus hijos, se está hablando de un millón de personas) y tendencia a la salida individual, percepciones extendidas sobre las élites políticas en el gobierno que reducen el problema a una cuestión de tiempo de actuación y no de proyecto sociopolítico, etc.

En segundo lugar, el arco con proyección de lo alternativo -constituido por formas de organización históricas (movimiento sindical), por nuevas formas de expresión (aquellos menos propensos a generar organizaciones estables pero con capacidad de establecer redes de nuevo tipo), o a caballo entre ambas (FUCVAM)- ha sido estriado en función de las nuevas articulaciones sociedad civil – sociedad política. Tales articulaciones supondrían un análisis específico (lo cual no es el objetivo de este artículo), pero es claro que al igual que ocurre por ejemplo en Brasil con la relación PT–CUT–MST, son mucho más complejas y difíciles de lo que puede presumirse *a priori*.

El énfasis en este trabajo, está dado en la construcción de una nueva subjetividad social anti-hegemónica y el cuadro que sigue se propone graficar escenarios en ese sentido, teniendo presente dos formatos polares donde se sugiere mayor o menor proyección sobre las elites políticas del Frente Amplio y de esa forma visualizar escenarios de tensión entre patrón de poder y democracia.

	Expansión de subjetividad social y nueva hegemonía.	Construcción restringida de subjetividad social de cambio.
Articulaciones fuertes entre actores sociales y organizaciones políticas del Frente Amplio.	1 – Resignificación de democracia como emancipación / Capacidad de transformación del patrón de poder.	2 – Combinación entre formas corporativas de canalización de demandas y formas puntuales y/o violentas de protesta social.
Articulaciones débiles entre actores sociales y organizaciones políticas del Frente Amplio.	3 – Equilibrio precario entre generación de redes de organizaciones sociales y tendencia a implementar tecnologías de control social.	4 – Anomía, apatía combinada con formas puntuales y/o violentas de protesta. Debilitamiento de democracia y fortalecimiento del patrón de poder.

El escenario 1 es el único que supone expansión de la democracia frente a las resistencias provenientes de la reproducción del patrón de poder. Implica que, por distintos motivos, se dan articulaciones entre una subjetividad social de cambio y la fuerza política y que esto cristaliza en las decisiones de las elites de gobierno. Supone la recreación de un arco de nuevo y viejos actores sociales de la sociedad civil, con capacidad de colocar temas en la agenda pública. Como es presumible, también supone una polarización más evidente con los sectores económicos y políticos que han sostenido en las últimas décadas el actual patrón de poder.

Los escenarios 2 y 3 se observan como los más inestables, se plasmaría en coyunturas conflictivas pero con escasa potencialidad de cristalizar demandas amplias en forma sostenida. No obstante, de ambos el escenario 2 puede proyectarse en sus líneas generales, más allá del corto plazo. En éste al no expandirse una subjetividad extendida de cambio, se fortalecen canales corporativos para la representación de algunos intereses (incluyendo sindicatos que tengan una posición privilegiada para acceder a esferas de toma de decisiones), mientras para otros actores el descontento se expresa en otras formas aisladas pero duras, probablemente violentas. Se verán más adelante algunos ejemplos de esto.

El escenario 3 es el más inestable. Se ha extendido una subjetividad social de cambio pero no es posible plasmarla en políticas. Aquí son esperables tecnologías sociales tendientes a generar mecanismos de fragmentación de demandas, por lo que puede derivar en cualquiera de los otros escenarios. Por lo expuesto, es mucho más posible que el modelo 3 se pueda acercar al modelo 1

que el modelo 2 se acerque al modelo 1, puesto que el escenario 2 supone canales que son difíciles de desmontar y fracturas sociales difíciles de soldar.

El escenario 4 supone el de mayor extensión de anomia, entendida como pérdida de los referentes de cambio. No puede subestimarse la pregunta de que puede ocurrir con la canalización del malestar social, particularmente en sectores que crecientemente perciban que las perspectivas de transformación social se han licuado.

El caso chileno lo vemos más cerca del escenario 4 y el caso brasilero más cerca del escenario 2. Entre ambos se está ubicando el caso de Uruguay. Debe quedar claro que como toda esquematización, lo anterior no pretende transmitir la inexistencia absoluta de elementos de transformación, proyectos específicos que puedan impulsar al escenario 1. A priori, es el ejemplo de emprendimiento sucroalcoholero de Bella Unión. No obstante, no se trata de experiencias que tiendan a reproducirse o a contribuir en una corriente de desarrollo alternativo más general, sino más bien a perderse, a verse como excepcionales, en la dinámica socioeconómica general.

Entre los elementos que permiten proyectar los escenarios 2 y 4, está lo registrado a mediados del año 2005. Es decir por un lado expresiones de protesta de base territorial con una composición de sectores marginados, trabajadores informales y desempleados ganando visibilidad pública con medidas como por ejemplo cortes de calles y quema de cubiertas sobre la base de expectativas entonces generadas y no cumplidas del Plan de Emergencia. Por otro lado, expresiones de otro carácter y con otros integrantes, vinculadas a la percepción de incumplimiento del plebiscito del agua por ejemplo (con marcha a pie desde Maldonado a Montevideo) o de movilización sindical por Consejos de Salarios¹⁸.

También sería el caso de lo sucedido en noviembre del 2005 con manifestaciones en la Ciudad Vieja –símbolo, recuérdese, del poder financiero en Uruguay– y la represión posterior con 4 presos por “sedición”, mientras en Mar del Plata se procedía a una reunión de presidentes que para el caso uruguayo incluyó la firma del tratado de inversiones con Estados Unidos¹⁹. Existió en Montevideo otra convocatoria vinculada a organizaciones históricas, mucho menos mediática y seguramente más pacífica, pero en todo caso, ambas tuvieron nulas consecuencias en cuanto a capacidad de proyectar un horizonte de cambio social.

Así es que en este tipo de escenarios no se descartan conflictos de magnitud, pero la dinámica general lleva a rápidas desactivaciones y no se generan cuestionamientos sustantivos sobre el poder simbólico del Frente Amplio en el gobierno. Al no observarse la generación de puentes estratégicos entre sectores sociales y al existir alta fragmentación de demandas, es probable que la subjetividad colectiva general proclive al cambio social se mantenga aferrada a los viejos referentes políticos y sociales y en consecuencia no se ponga en cuestión el nuevo consenso. En este escenario, el gobierno reforzaría la fragmentación y dispersión de las potenciales fuentes de conflicto social, oscilando entre la postergación, la concesión y la generación de la contradicción interna según los actores sociales.

Llegados aquí, puede ser un ejercicio útil final plantear dos hipótesis sobre las consecuencias de regeneración de un ciclo de luchas sociales: 1) que este ciclo se produzca desde diferentes bases sociales, arrastrando al Frente Amplio –primero a su interna como fuerza política, luego a las

18 Un seguimiento de prensa permite advertir que el mes de julio del 2005 es significativo de este escenario. Sobre el tema de los llamados “piquetes” véase el análisis del semanario Brecha del 15 de julio de 2005.

19 Véase el artículo de Samuel Blixen en Brecha del 11.11.05, con el título “La furia después de la furia”.

elites de gestión gubernamental- y lo lleve a poner en cuestión el patrón de poder; o 2) que se de completamente al margen de las elites de la fuerza política.

Desde ya que esto último supondría un escenario de tensiones difícil de delinear por el momento. Así es que poco puede agregarse aún en tal sentido. Respecto a la primera hipótesis, como ya se apuntó antes y en función de las evidencias disponibles cuando se escriben estas líneas, parece igualmente poco probable. Más allá de posturas críticas, más allá de tensiones en la fuerza política, más allá que todo ello exija al máximo sus mecanismos estabilizadores (la distribución y sustentación de cargos “políticos”, por ejemplo), sin una amplia base de movilización social independiente, es probable un mantenimiento de las actuales coordenadas de gobierno.

Todo indica, en este sentido, que el Frente Amplio como fuerza política se proyecta como una máquina cada vez más aceitada para matizar tensiones que en el mejor de los casos presente tintes socialdemócratas para procurar matizar situaciones socioeconómicas extremas de degradación. Esto supone un incremento de la distancia entre discurso y práctica. De hecho, es probable si se considera el caso chileno y el caso brasileño, que el Frente Amplio tenga un futuro importante a mediano plazo como mal menor entre las opciones políticas ofertadas en el mercado electoral y tienda, en consecuencia, a estimular el “voto útil”. También supondría transformaciones duraderas de su base de apoyo con un giro más conservador.

9. Conclusiones

El punto de partida ha sido que existen luchas acotadas al territorio de un estado-nación, pero los ciclos de luchas sociales son procesos que suponen un espacio-tiempo regional y global. Analíticamente, no obstante, para advertir especificidades locales, es necesario focalizar el cuadro a un país y a determinados años y eso es lo que se procuró hacer con el caso uruguayo en este artículo. Desde esta perspectiva, se han delineado tres ciclos de luchas sociales y se ha tratado de caracterizar escenarios posibles.

El primer ciclo, el de más intensidad y más conocido, se ubicó con la crisis final del patrón de poder desarrollista y estuvo pautado por la construcción de dinámicas claves en el plano social y político. En el plano social es de destacar el proceso de construcción de una central sindical única. En el segundo plano, obviamente lo sustantivo es la constitución de la fuerza política de izquierda que se convertirá en referente, con carácter no sólo de coalición sino de movimiento y en tanto ello, de proceso constituyente.

El segundo ciclo se marcó en el contexto autoritario, donde se implanta el actual patrón de poder. En el fin de este ciclo, ya se advierte la pérdida creciente del carácter de movimiento de la fuerza política, Frente Amplio, mientras se ensancha el arco de actores sociales y se resignifica la democracia ampliando su carácter acotado de procedimiento de elección de elites políticas con algunas libertades básicas.

Finalmente, el tercer ciclo se establece entrelazado con el proceso de deslegitimación del patrón de poder regional conocido globalmente como “neoliberalismo”. Encuentra al Frente Amplio en un primer momento cristalizándose como partido, tensionado entre el pragmatismo electoral y fuerzas sociales diversas con las que mantiene una relación, pero la tensión se soslaya en un contexto donde aparece claramente la necesidad de remover el establishment representado en los partidos

tradicionales y su decadencia. En este tercer ciclo, la clave son los plebiscitos en tanto mecanismos de participación directa que impulsan fuerzas sociales y arrastran a la fuerza política.

La disolución de este tercer ciclo de luchas está vinculado, paradójicamente, al acceso al gobierno del Frente Amplio y al proceso de relegitimación del patrón de poder basado en un consenso diferente, algunos de cuyos ejes fueron señalados. Un nuevo ciclo de luchas supondría que las fuerzas sociales constataran la pérdida de los referentes de cambio social, el aplazamiento indefinido de demandas y la no generación de alternativas reales y consiguieran, en consecuencia, comenzar a reconstruir una subjetividad social contrahegemónica al nuevo consenso. En tal escenario, éstas deberían presentar capacidad de creación, capacidad de articulación entre sí y capacidad de construcción con mayor autonomía del Frente Amplio en tanto gobierno, lo cual es un proceso complejo dado lo que se mostró sobre la conformación en Uruguay de los tres ciclos de luchas anteriores.

El escenario polar al anterior es el de una construcción desde la sociedad bastante caótica que oscile entre la docilidad de la apatía y la resignación y expresiones violentas aisladas no conectadas a ninguna construcción hegemónica. En este caso, aumentaría la tensión entre un Frente Amplio entendido como uno de los soportes de la subjetividad social de transformación y su conducción como fuerza política pragmática con creciente incapacidad para proyectar un imaginario de transformación social. Pero la dinámica general supondría la reproducción del nuevo consenso que, aunque conflictivamente, no llevaría a cuestionar las bases del patrón de poder. En este caso paradójicamente sería el Frente Amplio el que cristalizaría una democracia en el sentido de regulación social y no en el sentido de emancipación social.

Finalmente, y para ser provocativo, éste es el mejor escenario para los sectores del capital locales, regionales y globales sustentadores del patrón de poder actual, aunque el peor para las élites políticas de centro-derecha tradicionales. Esto es: ya extinguidas las inclinaciones dentro del Frente Amplio de transformación sustantivas, ofrecería más confiabilidad una perspectiva como ésta –es decir la de una fuerza política con una gestión más ética y con capacidad de aplazar demandas y generar consensos mayores para la reproducción sistémica– que desgastados y deslegitimados partidos de centro-derecha. No es casual que uno de los temas que una y otra vez coloca en la agenda sea el de la seguridad pública (más allá de que el problema sea real). La pregunta es ¿qué formas adoptaría entonces el malestar de una sociedad reproductora de la desigualdad y la marginalidad y sin un proyecto transformador socialmente visible?

Bibliografía

- AMIN, Samir: "Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano", Buenos Aires, Editorial Paidós, 2003.
- ANDERSON, Perry: "Las antinomias de Antonio Gramsci", en Cuadernos del Sur Nros. 6 y 7, Ed. Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1987.
- ANTUNES, Ricardo: "¿Adios al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo", Buenos Aires, col. Herramienta / ed. antídoto, 1999.
- CLAPS, Manuel: "Luchas sociales y políticas en el campo uruguayo" en Pablo González Casanova (coord.) Historia Política de los Campesinos Latinoamericanos, vol. 4, México, IIS – UNAM / Siglo XXI editores, 1985.
- D' ELÍA, Germán: "El movimiento sindical", Montevideo, Nuestra Tierra, 1969.

- De la Garza, Enrique (comp.): "Los sindicatos frente a los procesos de transición política", Buenos Aires, CLACSO, 2001.
- DE SIERRA, Gerónimo: "El Uruguay post dictadura", Montevideo, Facultad de Ciencias Sociales – Dpto. de Sociología, 1992.
- ESTELLANO, W, LATORRE, R. y ELIZALDE, E.: "¿Qué FA necesitamos?", Montevideo, TAE editorial, 1989.
- FALERO, Alfredo: "El neoliberalismo como patrón de poder regional: transformaciones sociales y poder simbólico", en libro colectivo "El Uruguay desde la Sociología III", Tercera reunión anual de investigadores del Dpto. de Sociología, Montevideo, 2005a.
- FALERO, Alfredo: "Patrón de poder regional y configuración de democracias emancipatorias: condicionamientos y apertura de trayectos", artículo contenido en "La democracia emancipatoria en América Latina", Buenos Aires, Edición Insumisos Latinoamericanos / Libros en RED, 2005b.
- FALERO, Alfredo: "De las teorías de la acción racional al neoinstitucionalismo en economía: una perspectiva sociológica", mimeo, trabajo en el marco del Taller Interdisciplinario del Doctorado de Ciencias Sociales, 2005c.
- FALERO, Alfredo y Vera, Angel: "Transformaciones sociales y campo popular en Uruguay: construcción de alternativas y escenarios posibles", contenido en "Uruguay Hoy. Paisaje después del 31 de octubre", Montevideo, Ediciones del Caballo Perdido, 2004.
- FALERO, Alfredo: "Sociedad civil y construcción de nueva subjetividad social en Uruguay: condicionamientos, conflictos, desafíos" en "Movimientos sociales y conflicto en América Latina", José Seoane (compilador), Buenos Aires, CLACSO, 2003.
- FALERO, Alfredo: "Reflexiones en torno a instrumentos conceptuales para el análisis de acciones colectivas", en Revista de ciencias sociales Nº 15, Montevideo, Dpto. de Sociología/FCU, 1999.
- FILGUEIRA, Carlos (comp.) "Movimientos sociales en el Uruguay de hoy", Montevideo, CLACSO / CIESU / ediciones de la Banda Oriental, 1985.
- FOLADORI, Guillermo y Olesker, Daniel: "Dinero e inflación", Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992.
- GONZÁLEZ SIERRA, Yamandú: "Los olvidados de la tierra", Montevideo, FESUR / CIEDUR / Nordan comunidad, 1994.
- GRAMSCI, Antonio: "La política y el Estado moderno", Buenos Aires, Editorial Planeta – De Agostini, 1985.
- LANDINELLI, Jorge: "1968: La revuelta estudiantil", Montevideo, Facultad de Humanidades, 1988.
- LEÓN, Emma y ZEMELMAN, Hugo (coords.) "Subjetividad: umbrales del pensamiento social", Barcelona, Anthropos / CRIM-UNAM, 1997.
- MALLO, Susana: "Los déficit democráticos en América Latina. Radiografía de movimientos sociales y políticos rioplatenses", trabajo contenido en "Uruguay desde la Sociología III", Tercera reunión anual de investigadores del Dpto. de Sociología, Montevideo, 2005.
- MOREIRA, Constanza: "Final del juego. Del bipartidismo tradicional al triunfo de la izquierda en Uruguay", Montevideo, Ediciones Trilce, 2004.
- NEGRI, Antonio: "El poder constituyente", Madrid, editorial Libertarias / Prodhufi, 1994.
- PERDIGUERO, Tomás: "La responsabilidad social de las empresas en un mundo global", Barcelona, editorial Anagrama, 2003.
- QUIJANO, Aníbal: "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", trabajo contenido en La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales", Buenos Aires, CLACSO, 2000.
- REAL DE AZÚA, Carlos: "Política, poder y partidos en el Uruguay de hoy" en Uruguay hoy, varios autores; Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- RODRÍGUEZ, Héctor: "Sindicatos: Participación y Negociación", Montevideo, FCU, 1985.
- SOUSA SANTOS, Boaventura: "Reinventar la democracia. Reinventar el estado", Buenos Aires, CLACSO, 2005.
- SOUSA SANTOS, Boaventura: "A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência", São Paulo, Cortez editora, 2000.

- TARROW, Sydney "El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política", Madrid, Alianza editorial, 1994.
- THOMPSON, E. P.: "Tradicición, revuelta y consciencia de clase", Barcelona, editorial Crítica, 1989.
- THOMPSON, E. P.: "Miseria de la teoría", Barcelona, editorial Crítica, 1981.
- VARELA, Gonzalo: "De la República Liberal al estado militar. Crisis política en Uruguay 1968-1973", Montevideo, Ediciones del Nuevo Mundo, 1988.